



Un muerto y un café



DIEGO FERNANDO ORDÓÑEZ SILVA
BUCARAMANGA

Nací el 17 de marzo de 1991 en Bucaramanga. Me interesé en el Concurso por su novedad y por la amplia difusión. En Colombia, los espacios de participación para jóvenes y niños son realmente escasos. Somos un país obsesionado con los éxitos efímeros de algunos pocos e ignoramos con facilidad los potenciales ocultos de los menos privilegiados. Me interesé en esta nueva

y estimulante opción. Esto me llevó a escribir el cuento, inspirado, creo yo, en diversos relatos que leí y en una cuestión que me interesaba en aquel entonces: la diferencia entre el suicida y el asesino y las respectivas implicaciones sociales que cada uno suscita.

Once grado. Colegio La Quinta del Puente de Floridablanca, Santander.

Un muerto y un café

DIEGO FERNANDO ORDÓÑEZ SILVA

Hoy moriré. En un café, en una mesa, junto a una hoja de papel y leche. Quizás sea esto por lo que escribo, por temor, por mi mente inquieta. Para callar, silenciar esta mente. Ocuparme de las minucias, lo mecánico, aquello que le exija al pensamiento no ya su lucidez sino lo pusilánime de su parsimonia. Decir que esta llanura descansa en cuatro árboles podados, exigirle cordillera y alojamiento para nuestra humilde grieta y así llamarla silla o pedirle subyugación versátil para decirle mesa.

Hace una hora, el café era distinto. Lo venía frecuentando a diario, a las doce, una mesa en el rincón y un vaso de leche. Para entonces, la certeza de un futuro contingente le daba a las cosas un carácter poco trascendental. Hace una hora, sin embargo, mi mundo se inició en aquel donde todo es postrero, retrospectivo, excelso. Cuando los diálogos se tornaron silenciosos, la hipócrita indiferencia dominó las miradas puestas en mi y los grupos de hombres en diversas mesas contuvieron febrilmente la difusión de su murmullo secreto, supe que hoy iba a morir. Ignorando los detalles de hora y circunstancia me inicié en estas páginas seguro del lugar y del día. Observo la ventana y la imagen de una calle tras ella.

Existe gran cantidad de elementos en la avenida. Hay caminantes y hay objetos, relaciones entre unos y otros. Allí, sin embargo, donde el hombre se deleita con el mostrador de un almacén, los paseantes encuentran seguridad en la comodidad de la indiferencia. Inexistente es un saludo, una palabra, una sonrisa entre desconocidos. Las horas no ofrecían más que un panorama monótono y su observación minuciosa, un intento inútil de distracción ante el advenimiento incontrovertible de mi muerte. Todo así, y ante el absoluto desencanto con mi actividad, me encontré de repente absorto en la idea de hallar un rebelde heroico. Alguien dispuesto a quebrantar la monotonía cegadora, la masa tranquilizante. Allí donde los dúos se cruzaban esquivos en la marcha, los solitarios proferían acaso ojeadas calificativas o degradantes y las madres reprimían los intentos socializadores de los chicos.

Para entonces, mi mirada perdió lo concreto, percibía una sola mancha oscura a lo largo de la calle. Sin embargo, al cabo de unas horas, apareció entre el pincelado uniforme del bulevar la figura tan fervorosamente anhelada. Era un solitario, un hombre desarraigado y sucio que me interesó en principio por su aparente falta de prisa. No bien había dado tres pasos en un sentido, se disponía a desandarlos con la más confidente y abrumadora tranquilidad. Confinaba su movimiento a escasos metros circunscriptos, alrededor de un farol. Intercambiaba sonrisas con una niña reprendida en el temor maternal hacia los extraños, se deleitaba contemplando al hombre de mirada extraviada, la mujer jovial. Le supuse un vagabundo sin rumbo ni objetivo, menesteroso pero educado. Comprendí que aquel comportamiento podría corresponder a un solo tipo de hombre. Al mismo que observo apoyarse contra el farol, dirigir su mano hacia la parte trasera del cinturón y palpar el arma con la que el suicida ejecuta su último golpe.

El hombre al que la inutilidad y el fracaso le hacen añorar un nuevo inicio, la desesperanza una postrera huida y la culpa un sueño perdido, se entrega en derrota al vaivén inquieto de los caminantes. Observo al hombre con admiración. Es esta una especie de hombres de excelsa humanidad pues son portadores de las más excepcionales relaciones con la vida. En ellos encontraría la mayor estima por la existencia, las más elevadas expectativas y los fracasos más espectaculares. No se permiten coexistir con la más mínima imperfección, con el remordimiento. Observaba deleitado a este hombre en el clímax de su agonía, en su dolor mortal maquillado de humildad y diligencia. Cometería su acto final allí mismo, en el farol, frente al café. Creo, sin embargo, que el suicida previó la demasía de su acto frente a un público sin expectativas, los colegiales ingenuos, los hombres que minutos después tendrían que lidiar con sesos revueltos y extremidades dispersas.

Agarró el revólver. Ocultándolo bajo la manga extendida, emprendió una última marcha en busca del lugar. Encontró la oscuridad buscada y la tranquilidad necesaria en un callejón cercano. Observé la preparación del arma, la introducción del detonante, el hondo suspiro. Por unos minutos no ocurrió nada, se hundió hasta lo imperceptible en el letargo negro de la oscuridad y se pierde de vista. Es ahora este papel mientras me observa el café. Y me observa el suicida. Me observa en el rigor de su caminata febril. Me observa con la mirada maldita del vengador cegado, esa mirada propia de los asesinos en los albores del deber cumplido. Me observa el asesino que ahora cruza el zaguán del café y se dirige a mi mesa. ■

